

("El Día Gráfico" Barcelona, 12 octubre 1914).

Estaba el otro día leyendo a nuestro Séneca cuando en el párrafo 37 del libro III de su diálogo V «De ira» me encontré con estas palabras: «...et Cicero, si derides carmina veras, inimicus esset...» No sabía yo que Cicerón se hubiese enemistado con quien se burlara de sus versos. Sólo sé que los versos que de Cicerón conocemos son realmente malos y que nos ha llegado la tradición de que parecían malos a sus contemporáneos.

Aquí hay dos cosas. De un lado que Cicerón, el famoso orador, pretendiera ser poeta o, si se quiere mejor, versificador, y esto no es nada extraño. Es ya un lugar común el que las personas consagradas en un ramo de la actividad humana ponen, más o menos sinceramente, sus pretensiones en otro. A mí, por ejemplo, que no dejo de tener mi fama como escritor y hasta como orador y poeta, me escuece el que no se me reconozcan dotes de lector y de dibujante. Pero estas son flaquezas humanas.

La otra cosa que hay que observar es que el famosísimo orador romano pretendiera el laurel de poeta. Porque es cosa observada cuán amenudo los que pasan por más elocuentes oradores carecen de toda facultad poética. Es decir, que en el fondo no son tales grandes oradores. No creo en la grandeza de aquel orador, por mucha que sea su «eloquentia corporis» y excelentes su voz y su gesto, por gran actor que sea, si es incapaz de parir una metáfora nueva o de colocar bien y a tiempo una de las ya paridas. No creo en la elocuencia que no tenga algo de poético.

Y así como no creo en la grandeza oratoria de un orador que nada tenga de poeta, sostengo que todo buen poeta, que todo verdadero poeta, puede llegar a ser un gran orador, aunque sea tartamudo. Los discursos que más hondamente me han impresionado han sido discursos de poetas, de verdaderos poetas.

Hasta en el respecto más externo parece que un orador, acostumbrado a componer y recitar largos períodos acompasados y rítmicos, había de estar en excelentes condiciones para fraguar versos. Es que el ritmo de la prosa—se me dirá—no es el ritmo del verso, y no son los mejores prosistas los mejores versificadores, ni viceversa. Lo que más pongo en duda. Para mí no hay mejor prosa, como tal prosa, que la de los grandes versificadores, de los versificadores geniales, no de los que componen coplas métricas de esas que se acompañan con tamboril. Los grandes poetas en verso han sido grandes prosistas.





Lo que hay es que esos que pasan por grandes oradores, esos a que se llama artistas de la palabra, no suelen ser amenudo grandes prosistas, sino más bien prosistas detestable. Si se lee sus discursos más aplaudidos, escrupulosamente tomados a taquigrafía, se ve que

suelen ser detestabilísimos textos literarios, de una prosa asintáctica, incoherente y mazorral.

Dicen que el difunto don Alejandro Pidal y Mon producía grandes efectos como orador. Yo nunca le oí y presumo que si le hubiese oído me habría parecido muy mal, porque me conozco bien como oyente y pedazo de auditorio colectivo. Pero no había manera de leer sus discursos, ni aun aquellos que escribía para declamarlos luego en público. No es posible llevar más lejos la incoherencia, la palabrería y la oquedad sonora, como dije cuando aquella desdichadísima carta a Maura, que era un modelo de mal gusto y de vaciedad. Sus éxitos parece que eran éxitos de actor. Y así suelen ser los de los que pasan por oradores. Que para mí, hasta como actores son malos.

«Hay que haberle oído», me dicen cuando me revuelvo contra el prestigio de algún orador que leído me resulta absolutamente vacío y totalmente apoféico. Y luego resulta que los que así me dicen no recuerdan de él una frase, una sentencia aguda o profunda, un dicho, un movimiento... No les canta en los oídos el eco de unas aladas palabras eternas; no les queda más que el trémolo de una voz.

La verdad es que nuestra tierra española, pobre siempre de verdaderos poetas, es decir, creadores de belleza de palabra, ha sido pobre en verdaderos oradores. Y eso de que es una tierra de oradores no pasa de ser uno de tantos tópicos manidos. No, es una tierra de habladores. El número de gentes capaces de hablar de seguido durante media hora o una o dos o cuatro sobre cualquier cosa, sepan o no de ella, es acoso mayor que en otras partes, pero el número de oradores es mínimo, mínisimo. Tenemos regular memoria y como todos nos sabemos un puñado de tópicos que andan por ahí sueltos y son del común acervo, todos sabemos ensartarlos y declamarlos cuando la ocasión llega. Además, solemos llevar nuestro dinero en perras chicas, que así abulta más y mete más ruido en el bolsillo. Y se confunde la facundia con la elocuencia.





Y dentro de España donde menos y peores oradores se da es precisamente en las regiones en que se supone que hay más imaginación. Donde corren cien, mil o dos mil chararrillos y diharachos, pero se puede asegurar que cuando aumentan es porque alguno los llevó de fuera. Su arte principal consiste en administrar el ingenio... ajeno. Y en cuanto a oradores, jamás he podido resistir a los de esa región a que aludo. Y es porque en el fondo son fríos, frigidísimos, apáticos, sin verdadera pasión. Porque es un error crasísimo el de creer que en los países más cálidos los hombres tienen el corazón más caliente. Más bien ocurre todo lo contrario. Y la fogosidad cómica, fingida, no puede engañar a la larga.

Miguel de Unamuno.

... como que se debe de tener en cuenta como espíritu y nada como espíritu y nada, se necesita el que no se sea consciente de lo de hablar y de dibujarla. Para estos son discursos humanos.

... en que cosa que hay que observar es que el humanismo desde romano procediera al interés de poesía. Porque es cosa observable que hablando los que tienen por más ocurrencias oratorias carecen de toda facultad poética. Es decir, que en el fondo no son más grandes oradores. No creo en la grandezza de aquel orador, por mucho que sea el movimiento corporales y emocionales en sus y en gusto, por gran saber que sea, si es incapaz de crear una medida nueva o de colocar bien y a tiempo una de las ya perdidas. No creo en la elocuencia que no tenga algo de poética.

... así como se cree en la grandezza oratoria de un orador que nada tenga de poética, aunque que todo bien poco, que todo verdadero poeta, cuando llegan a ser un gran orador, aunque sea burlonamente. Los discursos más más hondamente se han impresionado han sido discursos de poesía, de verdaderos poetas.

Hasta en el respecto más exterior parece que un orador, acostumbrado a componer y recibir largos períodos acompañados y ritmados, hasta en estar en condiciones para fraguar versos. El que el ritmo de la poesía se no dirá—no es el ritmo del verso, y cuando los mejores prosistas los mejores versificadores, ni viceversa. Lo que más puede ser dicho. Pero no no hay mejor prosa, como tal prosa, que la de los grandes versificadores. De los versificadores poéticos, no de los que componen coplas o octavas de esas que se vanaglorian con puntual. Los grandes poetas en verso han sido grandes prosistas.

